

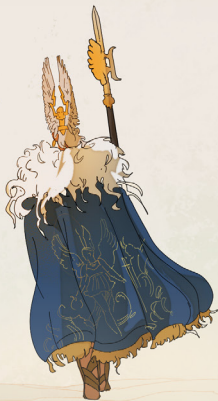


IV
DIABLO
LORD OF HATRED

ALAS DE PESADILLA



ADREONA



DE
JONATHAN MABERRY



HISTORIA
JONATHAN MABERRY

ILUSTRACIONES
KIRSEEL

EDITORIAL
MEGAN WALKER

DISEÑO
SOPHIE ERB

DIRECCIÓN DE ARTE
ALEX CRESWICK

ASESORAMIENTO SOBRE LA HISTORIA
IAN LANDA-BEAVERS

ASESORAMIENTO CREATIVO
MATT BURNS, CASSIEL CHADWICK,
CHLOE FRABONI, ZAVEN HAROUTUNIAN,
DAVID LOMELI

PRODUCCIÓN
HANNAH MATTISON, BRIANNE MESSINA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA, TRACY WANG

TRADUCCIÓN
JAVIER GÓMEZ Y NICOLÁS MANUEL TOSO
FERNÁNDEZ



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o del artista, o bien se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene control alguno sobre los sitios web o los contenidos del autor o de terceros, y no asume responsabilidad por ellos.



Presta atención, pues soy la Reina Oráculo. Mi don es saber lo que es, lo que fue y lo que será.

Los sueños son un portal a la mente dormida, ese lugar oscuro donde ni ventanas cerradas ni pasadizos sellados pueden impedir que entre la verdad.

En los sueños pensamos, ansiamos, planificamos, creemos... y despertamos con la idea de que resolvimos todos los dilemas y descubrimos secretos sobre nuestro propio ser.

Ah, el universo se regocija con esa fe. Como si la melodía de los soñadores optimistas pudiera doblegar la realidad..

Mas no es en sueños donde se revelan las verdades. Nos esperan en los vericuetos enmarañados de las pesadillas.

Pero conllevan un costo.

Y vaya si es uno muy elevado...





ADREONA

Adreona había pasado buena parte de su vida capeando una tormenta de lanzas para encontrar sosiego. Ahora, como guerrera y reina, al fin poseía lo que había ganado con acero y sangre.

La paz.

Caminaba por la capital mientras la brisa marina le acariciaba el rostro. La gente la veía y se detenía, no solo para inclinarse en reverencia, sino también para agradecerle con una sonrisa todo lo que había hecho.

Adoraban a su reina y ella a sus súbditos. En las tabernas, cantaban sobre su osadía y coraje. En el transcurso de su andar, fue notando cómo la pesadez de la lanza la oprimía, y era una carga que ya conocía bien. El tiempo la había alcanzado. Le encogía el cuerpo y aumentaba el peso del arma, que una vez había sido como un rayo de luz de luna entre sus manos.

Una niña corrió desde un puesto del mercado. Llevaba una manzana roja y madura bien jugosa en las manos rosadas, y se la ofrecía a Adreona.

—¿Un regalo para nuestra amada reina? —dijo con una torpeza encantadora.

Adreona se agachó y la aceptó mientras bendecía a la niña, que se deleitó de orgullo cuando la reina dio un mordisco.

Sin embargo, la dicha que sentía iba desapareciendo poco a poco tras emprender el regreso al palacio. A cada paso, algún dolor le recordaba los tributos incontables que había pagado por su reino. ¿Acaso todas las reinas anteriores habrían sentido esta carga?

Se dirigió temprano a sus aposentos, tomó un brebaje somnífero y se preparó para un descanso reparador, con la esperanza de que ahuyentara las dudas.



Pero el sueño era un portal, y atravesarlo la llevó a un lugar más oscuro.

A lo lejos, escuchó que su matrona escudera la llamaba, y la voz de la oficial veterana estaba llena de miedo. La reina se giró alarmada.

—¿Qué sucede?

—Mi reina —gritó la matrona escudera mientras señalaba el balcón fuera de la recámara—. Llegaron bajo el manto de la noche.

Ellos.

Adreona se asomó por la barandilla y contempló horrorizada lo que atestaba la bahía. Velas. Había decenas. No, veintenas. Velas latinas negras con el símbolo de un cráneo candente.

—Piratas, mi reina—musitó la mujer.

—No —dijo Adreona—. Eso no es lo que son...

—¿Qué más? Izan la bandera de la muerte. ¿Cuáles son sus órdenes? ¿Debo ir a su encuentro? ¿O... solo evitan la tormenta? ¿Es eso? ¿Se refugian en el puerto hasta que pase?

Adreona negó con la cabeza. La duda le obstruía la palabra.

Si las velas eran lo que ella creía, la diplomacia sería inútil.

—*Pronuncia su nombre* —se dijo. La verdad siempre había sido una de sus mayores fortalezas. Sin rodeos ni tibiezas. Esas velas eran *de él*.

La muerte había llegado a la bahía.

Aunque lo supiera, no podía nombrarlo. Ni siquiera en el pensamiento.

Se dio vuelta y tocó el hombro de la capitana.

—Cierra la ciudad. Da la alarma, pero con discreción. No hagas mucho alboroto, pero que no quede nadie sin una lanza. ¡Apresúrate!

La matrona escudera quedó atónita un instante, luego se dio la vuelta y corrió mientras bramaba órdenes a las oficiales.

Las edecanes entraron con la armadura de Adreona, quien se puso de pie y extendió los brazos a los lados, con el rostro torvo mientras le ataban y abrochaban las piezas. Grebas, guanteletes, coraza y yelmo. Y la lanza.

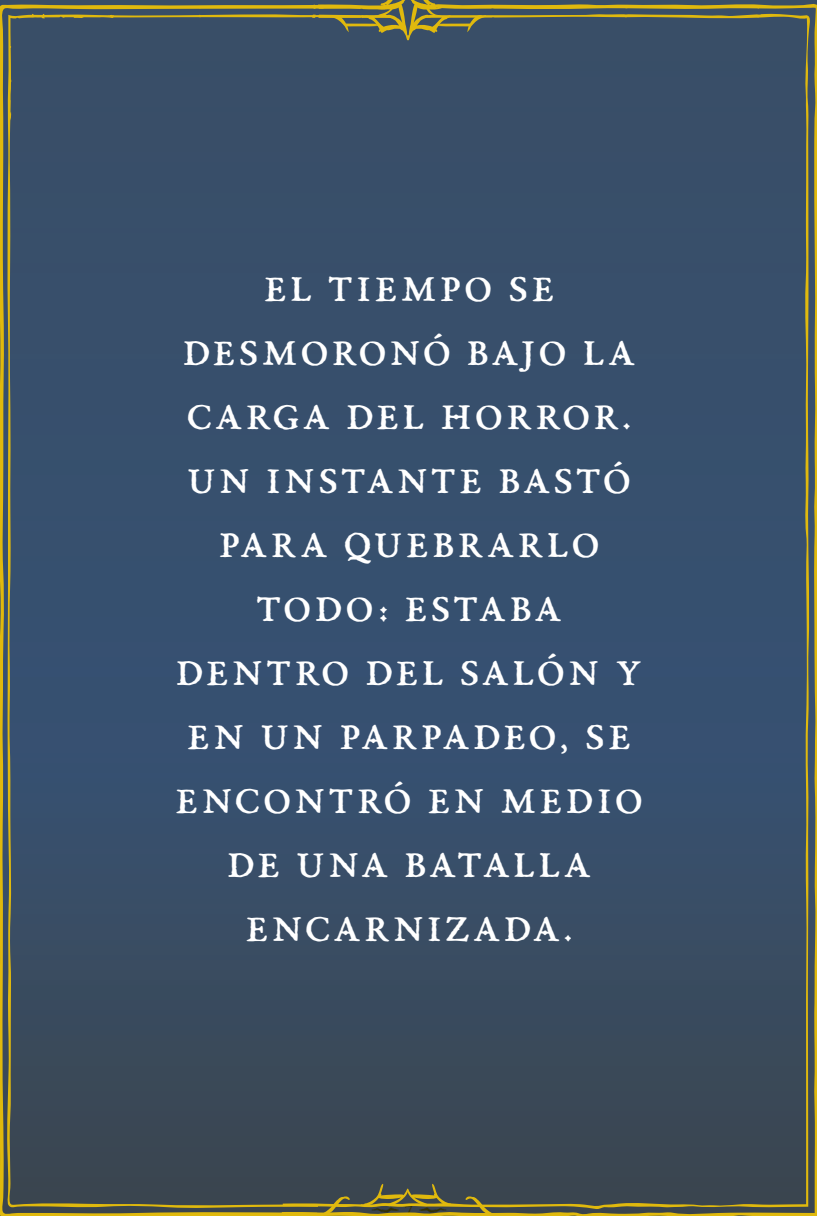
La formidable Espina de Skovos, que cada reina heredaba de la anterior. La sangre había corrido por el arma, y la mismísima Adreona la había usado para matar humanos y monstruos, soldados y demonios.

Cuando tuvo la armadura puesta, salió de la habitación y bajó por la escalera espiralada. Sus huestes la aguardaban, y sus lanzas cargadas de expectativa brillaban cual plata.

Adreona las saludó con un gesto.

—Estamos bajo sitio—dijo—. El enemigo no nos dará tregua. De ningún tipo. No lo ha traído el anhelo de conquista, sino el de destrucción.

Con un ademán, indicó la tierra y la gente que la habitaba.



EL TIEMPO SE
DESMORONÓ BAJO LA
CARGA DEL HORROR.
UN INSTANTE BASTÓ
PARA QUEBRARLO
TODO: ESTABA
DENTRO DEL SALÓN Y
EN UN PARPADEO, SE
ENCONTRÓ EN MEDIO
DE UNA BATALLA
ENCARNIZADA.

—La muerte vino a buscarnos, hermanas —dijo con pesadumbre—. Les mostraremos lo que cuesta cada gota de sangre de las Amazonas.

Eran palabras antiguas que se usaban en las batallas de otrora, pero vio cómo hacían que las lanceras más jóvenes enderezaran la postura, encendiéndoles un fuego en la mirada.

Aunque cuando empuñó la lanza, vio los chispazos de duda en los rostros de las capitanas más curtidas. Notaban que renegaba con el arma y que la armadura disminuía la velocidad de sus movimientos. Sus rostros lucían pálidos, pero se forzaban a mantenerse firmes.

Juntas, se apresuraron a interceptar al enemigo.

El tiempo se desmoronó bajo la carga del horror. Un instante bastó para quebrarlo todo: estaba dentro del salón y en un parpadeo, se encontró en medio de una batalla encarnizada. Fue rápido, pero Adreona sentía el característico dolor en las extremidades que provocaban las horas de combate.

Horas.

Le pesaban mucho los brazos y, aunque la lanza estaba teñida de rojo por completo, parecía lenta y torpe. Muy larga. Muy pesada. Hasta la empuñadura se sentía incómoda.

A su alrededor, la batalla era un fragor de acero y sangre.

Y de cuerpos.

Se vio rodeada de cadáveres amontonados, todos los cuales estaban despedazados y tajeados como si no fueran otra cosa que una pesadilla roja. Buscó los de los marineros ataviados de negro con el cráneo candente en la armadura. Había muchos. Pero había más Amazonas que enemigos entre los muertos.

Muchas más. Sus guerreras habían nacido para luchar, y todas habían vadeado lagos de sangre. ¿Cómo podían caer así? Era un error. Una locura. Y Adreona sintió que su mundo se derrumbaba.

El estrépito de la batalla la ensordecía. Era eso... o le fallaban los sentidos. Hasta su comprensión comenzaba a flaquear.

Una de sus capitanas, una guerrera avezada, estaba de rodillas en el suelo y se apretaba una herida mortal en el estómago. Levantó la vista hacia la reina con una extraña mirada de desconcierto.

—Dígame por qué, mi reina —suplicó—. ¿Por qué atacamos?

—¿Qué? —preguntó Adreona.



—Solo estaban de paso. ¿Por qué los...?

En medio de la pregunta, la capitana murió.

Adreona retrocedió tambaleante y giró para ver muchas más Amazonas en el suelo, los cadáveres destrozados en un amasijo carmesí.

Una sombra cayó sobre la reina, que se dio vuelta y se encontró con un hombre vestido de negro. Llevaba un símbolo en el pecho, pero ahora que estaba más cerca, Adreona vio que el bordado representaba un pelícano con las alas extendidas que volaba frente al sol de la mañana. No era un sicario al servicio del Odio, era un mercante.

Sujetaba una cimitarra ensangrentada y tenía el rostro lleno de ira, dolor y confusión.

—Reina Adreona —dijo—, ¿por qué ha hecho esto? Vinimos en son de paz para comerciar, y a cambio nos emboscaron ¿Acaso ha perdido la razón? Usted solía ser una gran reina, fuerte pero justa. ¿Cómo llegó a esto? ¿Es que la edad le ha robado el buen tino?

Ella miró la lanza que sujetaba y gritó horrorizada. La empuñadura estaba rota; la hoja se veía picada y mellada. Y peor, mucho peor, era que la sostenía una mano marchita y anciana. Una mano avejentada, no la de una guerrera.

—Vinimos en son de paz —gruñó el marinero —, pero ha elegido la guerra. Y eso tendrá. Si no hay paz en este lugar, si lo único que usted puede ofrecer es la guerra, *tomaremos* lo que necesitamos y lo llamaremos justicia. Ustedes dieron la primera estocada, nosotros daremos la última.

—No, yo no...

—Ya basta de palabras —gruñó mientras levantaba el arma—. Ha traicionado a su pueblo al forzarlos a esta conflagración. Cada gota de sangre derramada será una mancha en sus manos. Y para que todos sepan que Skovos está mancillada por la traición, quemaremos la ciudad hasta los cimientos. Arrasaremos estas islas como una tormenta y arrancaremos el mal de raíz. Ha fracasado como reina, es usted débil y traicionera, y la borraremos de las páginas de la historia.

Adreona reculó con torpeza y trató de levantar la lanza rota. A su alrededor, las Amazonas caían. Pero incluso mientras morían, la miraban con reproche y con la esperanza destruida. Pronunciaban su nombre, pero ya no como grito de guerra, ya no con amor. Lo espetaban como si fuera una maldición. *Ella* les había fallado, y todas morirían execrándola.

La lanza era demasiado pesada, y aunque la levantara lo suficiente, le faltaban fuerzas para detener el golpe. La cimitarra la alcanzó y la devolvió a la vigilia entre gritos.

Adreona por poco se cayó de la cama, con el corazón palpitante y la garganta cerrada mientras intentaba respirar.

Giró para mirar la ventana. La luz del sol se colaba entre las cortinas ondulantes. La reina ladeó la cabeza para escuchar mejor.

Ningún grito. Ningún choque de espadas y escudos. Ningún alarido de muerte.

—Un sueño —susurró mientras se apartaba—. Nada más.

Pero un ruido la hizo mirar de nuevo. En el alféizar, se posaba un cuervo de plumas palpitanes. Era viejo, de plumaje ralo y ojos que la escrutaban por dentro. Ojos que parecían contener cada miedo, cada secreto y cada fragmento de pesadilla profética.

—No —murmuró—.

El cuervo solo le clavó una mirada infinita y negra.



Y así queda a la vista.

Nadie, ni los eruditos, ni los monarcas, ni los guerreros, son verdaderamente dueños de su alma. Nadie se libra de las consecuencias del conocimiento. Nuestras acciones nos atormentan a todos. Con cada elección, avanzamos por nuestro camino. Cada decisión, aunque la sepamos correcta, corta como un cuchillo. Por esas heridas se desangran la esperanza y la pureza. Con cada tajo, dejamos que la corrupción nos entre en el cuerpo.

Y sin embargo...

Algunas mentes son más difíciles de corromper. Para bien o para mal... ¿quién sabe?

Despierto de mis sueños... y de mis pesadillas. Aparto la vista del terror, pero todavía lo veo. Todavía lo sé. Las palabras se me caen de los labios.

Algo se acerca, así lo afirmo. Y en los árboles de afuera, mil aves nocturnas chillan asustadas. Algo terrible se acerca...

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

JONATHAN MABERRY es un escritor autor de grandes éxitos comerciales del *New York Times*, cinco veces ganador del Premio Bram Stoker, cuatro veces ganador del Premio Scribe, ganador del Premio Inkpot y autor de más de cincuenta novelas, además de editor de treinta antologías. También es escritor de cómics, poeta, productor ejecutivo y profesor de escritura. Sus libros de *V-Wars* se convirtieron en una serie original de Netflix; su novela *Rot & Ruin* está en proceso de adaptación cinematográfica con Alcon Entertainment; y sus thrillers de *Joe Ledger* se están adaptando para televisión a cargo de Chad Stahelski, director de la saga de *John Wick*. Escribe terror, ciencia ficción, fantasía, aventura, suspenso y mucho más. Es presidente de la Asociación Internacional de Escritores de Medios de Comunicación y editor de la revista *Weird Tales*. Lo encontrarás en jonathanmaberry.com.